



UNA TARDE CON EL DOCTOR ERNESTO ADLER

El Dr. ADLER, predilecto lloretense, es actualidad en estos días en Alemania por la publicación y éxito de su Tratado de " Enfermedades generales producidas por focos dentarios."

Por JUAN DOMENECH MONER

—O sea ¿Que no dejaba de correr algún riesgo ?

—Bueno no tiene importancia. En cierta ocasión, hallándome a bordo de un barco que iba de isla en isla a suministrar combustible a los faros, que entonces funcionaban con petróleo, les hice notar el riesgo que tenían con esa carga que aparecía distribuida en bidones por cubierta. " No se preocupe ", me contestó muy flemático el patrón, " en la bodega llevamos pólvora."

De vez en cuando, el doctor Adler, en plena narración, se sonríe socarronamente. Se diría que, al sumergirse en el pasado, revive felizmente las escenas de aquellos tiempos.

—Recuerdo-me dice- que por aquel entonces había allí en Canarias, una artista famosa del cine, noruega, del tipo de Rita Haywood, que también entonces estaba de moda con su película " Gilda ". Ni que decir tiene que la noruega en cuestión centraba todas las miradas y todas las atenciones. La seguían por todas partes. Un día se bañaba muy placentera en el mar y se me ocurrió la idea de gastarle una broma, amparado en mi condición de submarinista. Me sumergí silenciosamente y fui a parar debajo de ella hasta llegar a morderle en un pie. El susto que se llevó fue mayúsculo. Luego aparecí un poco más allá riendo a mandíbula batiente. Coincidimos más tarde en el barco de regreso. Ella llevaba siempre los labios escandalosamente pintados de carmín. Por lo visto, le dio un buen día para estampar repetidamente sus labios en la almohada. Cuando la encontré en el camarote le pagué el importe de la misma al camarero y la guardé celosa y románticamente en mi maleta. Lamentablemente, se ha perdido y no tengo ni la más remota idea de dónde fue a parar. Sería bonito ahora contemplar nostálgicamente tantos besos.

—¿Y cómo empezó su afición al submarinismo?

—Era el año 1934. Aquel año vino a Lloret un japonés que lo practicaba. La comandancia de marina daba sólo permiso para tres días porque como la fauna marina no andaba recelosa en absoluto, cualquier submarinista de entonces sacaba montones de pescado. Claro que era un submarinismo muy particular. El citado japonés llevaba unas gafas de madera que él mismo se había confeccionado, cerraba las ventanas de la nariz con una pinza de la ropa y no llevaba tubo de respirar. Simplemente bajaba, cazaba y volvía a aparecer rápidamente. Por toda arma, llevaba en la mano una lanza. Con este ejemplo, hubo entonces en Lloret un grupo que seguimos la afición a las profundidades: Bancells, el veterano atleta, uno que se llamaba Rodés, un tal Parés, e incluso un señor de Sils llamado Matí. También nosotros hacíamos nuestras gafas.

—Pero Vd. se fabricó una cámara de filmar debajo del agua...

—Fue algo más tarde, La idea me vino porque en cierta ocasión, cuando ya existían gafas más perfeccionadas provistas de tubo, me hallaba bajo el agua cuando contemplé una escena emocionante. Había una murena y un pulpo que era bastante grande —lo capturé más tarde y pesaba ocho kilos—. El pulpo iba andando y la murena intentaba atacarle. Entonces, el pulpo se apelotonaba haciendo un nudo con sus tentáculos y la murena no tenía por donde morder. Cansado de verles en actitud expectativa y acabando ya las fuerzas para permanecer sumergido, quise ver el desenlace y pinché ligeramente el pulpo con el fusil. El animal echó a andar de nuevo y entonces, inmediatamente, la murena se precipitó sobre él y cogiéndole una pata entre sus mandíbulas empezó a describir un movimiento de hélice con lo que seccionó el apéndice del pulpo. Pude así comprender cómo, sin tener dientes, las murenas podían cortar los pies del animal. Fue en este caso cuando pensé que habría pagado una fortuna por tener una cámara y poder filmar la escena. De aquí vino la idea. Compré una máquina de dieciséis milímetros y yo

THE MOBY DICK

ABIERTO
TODO EL AÑO



RESTAURANTE



DISCOTHEQUE

◆ ...ERNESTO ADLER

mismo construí el casco exterior, y así empecé a ser uno de los primeros filmadores de la Costa Brava y llevé a término diversas películas.

El doctor Adler tiene, efectivamente, varios films argumentados. Sus títulos: "Lobos de mar", "De isla en isla" —ya citado— y "Monos de la Costa Brava". Con la primera, dedicada a glosar la vida de unos jóvenes pescadores lloretenses —Els Morets— hoy intrépidos pescadores de coral, obtuvo Adler el Primer premio nacional de cine amateur del año 1948.

—¿Esa copa es también un trofeo cinematográfico? le pregunto al ver en un estante un trofeo un tanto envejecido.

—No, —responde—. Es el segundo premio de una prueba de esquí que gané en Nuria el año 1945.

—Pero ¿también esquiaba Vd.?

—Desde luego. Y no solamente sobre la nieve. Mira esa foto.

Lo veo con los esquís calzados, resbalando sobre un terreno sin nieve y a punto de saltar un obstáculo.

—Doctor, no me diga que...

—Claro, claro. Cierta día, andando por mi finca, metí el pie sobre las hojas secas de pino y me pegué una soberana caída, con lo cual comprobé que dichas hojas secas hacían el mismo efecto que la nieve. Entonces, monté una pista en la pendiente, la cubrí de hojas, puse arena al final, junto ya al precipicio, pero en suficiente cantidad para que los esquís se clavaran y quedara detenido y de vez en cuando hacía mis pruebas, saltando incluso un desnivel de casi un par de metros. Los que me miraban decían: Ese loco hoy se mata. Y cuando me aproximaba al precipicio ya cerraban los ojos. Ni que decir tiene que no pasaba más allá. La foto que contemplas es de aquellos tiempos..

—Bien. En varios momentos de la conversación ha hablado Vd. de monos. Los lloretenses sabemos de sobra que una de sus aficiones favoritas son esa clase de animales. ¿Cómo le nació esa afición?

—Partamos de que siempre he tenido una marcada manía por la naturaleza y por las bestias. Todavía ahora, cuando voy a una ciudad, lo primero que pregunto es dónde está el zoo. Uno de los que más me han gustado es el de Lisboa. En el de Frankfurt también me pasaba horas enteras, pero me hacían marchar porque algunas veces llevaba el mono conmigo y cuando estábamos ante la jaula de los chimpancés, de la misma manera que nosotros mirábamos a los de dentro, los chimpancés miraban a los de fuera y se quedaban atónitos viendo a un mono que no estaba entre rejas.

(CONTINUARA)